

XIV Domingo Tiempo ordinario

Ezequiel 2, 2-5; 2 Corintios 12, 7b-10; Marcos 6, 1-6

**«Presumo de mis debilidades,
porque así residirá en mí la fuerza de Cristo»**

8 Julio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Las caídas provocadas por el aguijón y la debilidad que se manifiesta al vernos heridos, nos educan para la vida, nos hacen más humildes y necesitados »

Con mucha frecuencia nos dejamos arrastrar por los deseos que mandan en el corazón, por esos apegos que nos hacen ir en una o en otra dirección dependiendo del caso. Nos tornamos volubles y cambiantes, porque el corazón dicta sus normas y las seguimos sin cuestionarlas. De esta forma acabamos convirtiendo lo que anhelamos en el motivo principal de nuestra vida. ¿Siempre tiene razón el corazón? No, no siempre; porque a veces, cuando el corazón no descansa en Dios, puede llegar a desear lo que no nos conviene. Ya lo decía San Agustín: «*Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en Ti*». Por eso, con frecuencia, deseando lo que nos esclaviza, acabamos perdiendo la paz en esta vida. Perseguimos sueños que no nos liberan y frustramos, sin quererlo, el plan de Dios para nuestra vida. Entonces, ¿tenemos que dejar que el corazón se arraigue en las cosas de este mundo o es mejor vivir sin vincularnos? Parece que cuando se apega a la tierra dejamos de llevar el control de nuestra vida. Soñamos con el cielo mientras urdimos lazos en este mundo en el que echamos raíces. Sabemos que son importantes los apegos a las personas, a los lugares, a las costumbres y a las cosas. El corazón humano está hecho para vincularse. Jesús se vinculó con el hombre, con su familia, con sus amigos, con el necesitado. Es necesario echar raíces, como lo hizo Cristo. Y así sucede lo que ya sabemos, que aquello de lo que está lleno el corazón es de lo que habla la boca. Los lazos, los vínculos, nos edifican como personas, nos construyen, nos hacen mejores. Pero también sabemos que hay que distinguir entre apegos ordenados y desordenados. Los apegos desordenados y enfermizos nos alejan de Dios y de los hombres, nos hacen amar egoístamente, nos llevan a buscar sólo nuestro interés y no el de la persona amada. Cuando vivimos centrados sólo en lo que queremos, en poseer y dominar, acabamos perdiendo la adecuada perspectiva del amor verdadero. Por eso hoy nos preguntamos: **¿Hasta dónde son sanos los apegos? ¿Cuándo dejan de ser tan santos y se tornan enfermizos?**

Es verdad que **apegarse a lo que tenemos, a lo que somos y vivimos, puede traernos muchas alegrías y también sufrimientos**. El amor implica ambas realidades, la alegría de la vida compartida y el dolor al cargar con la cruz propia y la de aquellos a los que amamos. Está claro que es importante que nos vinculemos, que echemos raíces en personas y lugares, pero sabiendo que estamos de paso. Eso sí, determinar los límites de ese vínculo, determinar cuándo no es sano nuestro amor, no siempre resulta fácil. Sabemos que esta vida es temporal y que la que viene es eterna. Pero, ¿hasta qué punto es bueno profundizar en nuestros vínculos? Decía el P. Kentenich: «*El hombre moderno no conoce mucho amor cálido y personal. Le falta en primer lugar la vinculación a personas. En segundo lugar falta la vinculación personal a las cosas. (...) En nuestro tiempo moderno a los hombres les resulta muy difícil tomar y entrar en contacto. Se miran los unos a los otros y se preguntan: ¿qué puede hacer en realidad éste y*

aquel por mí?»¹. El gran problema de nuestro tiempo es que nos vinculamos poco o nos vinculamos mal. Vamos a lo nuestro y nos cuesta crear vínculos en otros corazones sin buscar el propio interés, sin querer imponer nuestra forma de pensar y vivir. Miramos la utilidad de nuestras relaciones y las cercenamos en cuanto vemos que nos exigen demasiado. Nos da miedo que nos aten y nos priven de nuestro libre albedrío. Necesitamos entonces aprender a vincularnos para poder descansar en aquellos a los que amamos. Por eso es tan importante preguntarnos siempre de nuevo por la calidad de nuestros vínculos. Dice el P. Kentenich: «*Si no vuelven a estrecharse de forma más delicada, dichosa e íntima lazos del alma con lazos del alma, la incapacidad de contacto que se dará mañana y pasado mañana será clamorosa*»². Hoy quisiéramos pedirle a Dios que nos permita cuidar nuestros vínculos personales, profundizarlos, hacerlos más santos y sanos. Anhelamos tener vínculos que nos construyan y nos hagan mejores. Vínculos en los que descansar y sobre los que levantar nuestra vida. **Todos necesitamos un hogar, un nido en el que poder reposar cada día.**

Ante la inestabilidad de nuestra vida, es cierto que todos necesitamos encontrar seguridades y apoyarnos en rocas firmes. No podemos vivir solos, necesitamos encontrar amparo en corazones y en lugares que sean un puerto seguro. Necesitamos seguridades, puntos de estabilidad, para no pensar que las cosas van a cambiar siempre de nuevo. Un barco a la deriva no calma el corazón, produce, por el contrario, mucha inseguridad. Es necesario que haya rocas en las cuales poder descansar, porque siempre están ahí. Rocas que nos aseguren la estabilidad de nuestra vida, frente a los cambios a los que nos lleva continuamente nuestra sociedad. Hoy muchas personas viven en esa volubilidad de una vida acelerada en la que no es posible encontrar certezas. Si hoy pensamos una cosa, mañana podemos defender la contraria sin ningún empacho. Si hoy vivimos de una manera, mañana podemos cambiar de hábitos y no va a pasar nada. Las familias se rompen con facilidad. Todo vale, todo es permitido. Cuando alzamos la voz por pensar de forma diferente somos tachados de intolerantes. Todo cambia y el cambio se ve como algo muy bueno. La vida fluye, todo fluye, todo comienza de nuevo, ¿dónde podemos encontrar seguros? Quisiéramos vivir esos seguros. Deseamos tener personas cerca que sepamos que siempre van a estar ahí y van a ser rocas firmes. Necesitamos una familia, un lugar en el que descansar cuando regresamos cansados. Hay muchas personas desorientadas que no saben hacia dónde caminan. Muchos corazones que encuentran el rechazo en su propia familia, porque allí no son comprendidos. El Evangelio de este domingo resalta justamente esa realidad. **Jesús no es aceptado por los suyos, por su propia familia.**

Jesús llega a su tierra, a su familia, y los suyos no lo acogen. Es duro experimentar el rechazo de los más cercanos: «*En aquel tiempo, fue Jesús a su pueblo en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: -¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí? Y esto les resultaba escandaloso. Jesús les decía: - No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa. No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando*» Marcos 6, 1-6. Su fama lo precedía y esperaban que en su hogar hiciera milagros. Sin embargo, en su propia tierra no pudo hacer milagros, porque no tenían fe. La semana pasada veíamos cómo la hemorroísa y Jairo mostraban su fe y no tenían miedo. Entonces Jesús actúa y sana. En su propia casa, en Nazaret, los suyos no le reconocen. El rechazo de la fe es el signo más claro de la rebeldía del hombre contra Dios. No creen en el poder de alguien que es uno de ellos. No aceptan que Jesús pueda ser diferente cuando se ha educado a su lado y ha participado de su misma vida. Nos cuesta reconocer el valor de lo que tenemos tan cerca. Por eso Jesús es

¹ J. Kentenich, “Lunes por la tarde”. T1

² H. King, “Textos pedagógicos”, J. Kentenich , 439

rechazado. Su orgullo les impide reconocer algo especial en Él. No obstante, el profeta sigue su camino, independientemente de su éxito o de la aceptación de su palabra. Así lo hemos escuchado en labios de Ezequiel: *«En aquellos días, el espíritu entro en mí, me puso en pie, y oí que me decía: - Hijo de Adán, yo te envío a los israelitas, a un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Sus padres y ellos me han ofendido hasta el presente día. También los hijos son testarudos y obstinados; a ellos te envío para que les digas: -Esto dice el Señor. Ellos, te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos»* Ezequiel 2, 2-5. En Jesús se cumplían las palabras de elección. **Él era el nuevo profeta y su misión es rechazada precisamente entre aquellos que lo habían conocido desde el comienzo.**

María es el lugar seguro en el que descansar, es el puerto, es la roca firme sobre la que podemos construir. Decía el P. Kentenich: *«El corazón de María nos ofrece mayor protección que cualquier otro lugar. Quien la contempla y se vincula a Ella, se acerca a Dios de manera extraordinariamente profunda, es cautivado por su grandeza y se siente elevado hacia su corazón de modo sencillo y eficaz. Es un medio valioso para estampar en el mundo la faz de Cristo»*³. En María queremos aprender a descansar y encontrar en sus manos la paz que anhelamos. María es nuestro lugar de reposo y nosotros nos convertimos para Ella, como Juan, en su reposo: *«Con este gesto Juan siente que tiene que protegerla, así como ha de roteger también a la iglesia, le da una misión concreta para toda la humanidad y se lo da a un hombre. Juan así se siente necesario y María se siente querida. Al entregar María a Juan, Jesús confía a Juan que va a ser capaz de satisfacer la necesidad»*. Juan recibió a María en su casa. De la misma forma nosotros recibimos a María, tal como somos acogidos por Ella. Le damos nuestro hogar, **para que Ella transforme nuestro corazón en una roca firme sobre la que otros descansen.**

No podemos vivir solos, porque, cuando nos creemos autosuficientes, caemos en la soberbia del que cree que lo puede todo sin ayuda. Estamos llamados a construir comunidad. La excesiva autonomía nos aísla. El salmo expresa esa necesidad del alma que busca lugares en los que reposar y huye del desprecio: *«Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia. Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores. Dios nuestro, esperando su misericordia. Misericordia, Señor, misericordia, que estamos saciados de desprecios; nuestra alma esta saciada del sarcasmo de los satisfechos, del desprecio de los orgullosos»* Sal 122, 1-2a. 2bcd. Vivir solos nos debilita, la comunidad nos fortalece. Decía Jean Vanier: *«Yo diría que la necesidad más fundamental de nuestra sociedad consiste en tener hombres y mujeres que creen juntos comunidades de acogida para las personas desorientadas, solas y perdidas. Hoy es más necesario que nunca reencontrar el sentido de la casa como lugar de ternura y de acogida, en el que cada uno puede rehacerse y redescubrir los valores más íntimos de su ser: su corazón con su capacidad para recibir y dar»*⁴. Hace poco hemos celebrado la alegría de un campeonato de fútbol de la selección de España. Lo que a todos ha sorprendido, más allá de sus individualidades, ha sido su labor de equipo. Cuando los jugadores trabajan para el conjunto todo cambia. Lo importante no es que cada uno sobresalga por sus talentos, sino que cada uno pueda aportar al todo, aunque su aporte permanezca en el anonimato. No obstante, nuestra actitud no suele ser ésta en la vida. Nos gusta destacar nuestro aporte y nos agrada que alaben lo que hacemos bien. Trabajar en la sombra por el bien de todos nos resulta difícil. **Pero en eso consiste hacer comunidad, en amar desde el silencio.**

Pero lo habitual es que nuestra sociedad nos lleve a vivir de forma individualista. Entonces el corazón, en cuanto nos descuidamos, se ensoberbece y se olvida de algo fundamental en la vida: somos seres dependientes, somos débiles y necesitamos la fuerza de Dios y la fuerza de los hombres. San Pablo hoy nos muestra que el camino consiste en ser conscientes de nuestra debilidad. Habla Él de un aguijón en la carne, pero ¿de qué aguijón se trata? ¿A qué se refiere?: *«Para que no, tenga soberbia, me han metido un aguijón en*

³ J. Kentenich, “II Acta de fundación”, 1939

⁴ Jean Vanier, “Hombre y mujer los creó”, 83

la carne: un ángel de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio». Ha habido mucha controversia y especulación sobre el aguijón en la carne de Pablo. Algunos han afirmado que era una enfermedad que Pablo sufría. Otros han hecho referencia a un pecado recurrente que le recordaba su debilidad cada día. Nunca sabremos bien a qué se refería con estas palabras. Tal vez se refería a su pecado habitual, a su tendencia humana que le hacía constatar con frecuencia que lo importante no era él y su esfuerzo, sino Dios. **Lo importante es que ese aguijón lograba que Pablo pensara en el poder de Dios en su vida y no tanto en sus capacidades que lo convertían en un apóstol infatigable.**

Dios es el único que nos levanta cuando caemos y nos conduce en nuestro camino. Hoy dice San Pablo respecto a su aguijón: «*Tres veces he pedido al Señor verme libre de él; y me ha respondido: - Te basta mi gracia*». Cuando iniciamos el camino de la fe y nos decidimos a seguir los pasos de Dios, corremos un riesgo: dejarnos dominar por la soberbia. Pensamos que podemos solos y que la meta en nuestra vida es no caer nunca. Podemos llegar a pensar que todo reside en nuestros talentos y capacidades, en nuestra fuerza y pasión por la vida. Podemos sentirnos poseedores de la verdad y mostrar al mundo nuestra santidad como un preciado trofeo. Decía Carl Jung: «*¿Qué sucede cuando descubro que el más miserable de los mendigos se halla en mi interior y que soy yo mismo quien necesita de la limosna de mi propia amistad, que yo soy el enemigo que deber ser amado?*» Al darnos cuenta de nuestra debilidad vemos que somos pequeños mendigos de amor, hombres menesterosos. Comprobamos que no alaban nuestro carisma y nos sentimos despreciables. Es importante aprender a vivir con ese aguijón en nuestra carne, que nos hace más conscientes de nuestra pequeñez: «*La fuerza se realiza en la debilidad. Por eso, muy a gusto, presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso, vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte*» 2 Corintios 12, 7b-10. Es la paradoja de nuestra fe: cuando somos débiles, entonces somos fuertes. No nos cansaremos de meditarlo y volveremos una y otra vez a esta verdad que a veces se nos escapa entre los dedos. ¿Cómo podemos alegrarnos de ser débiles? Nos parece imposible. Nos sigue sorprendiendo siempre de nuevo que la fuerza se realice en nuestra debilidad. Precisamente despreciamos lo débil en la vida y buscamos lo seguro, la fortaleza de la roca, la seguridad de lo estable. El P. Kentenich hace referencia a este camino de fe: «*La hemos oído y repetido innumerables veces, y comprende las ideas ya conocidas: pequeñez de los instrumentos, magnitud de las dificultades y magnitud del éxito*»⁵. Todo empieza con la pequeñez del instrumento. Dios nos llama así a una misión que desborda nuestra capacidad. **Y luego nos muestra los frutos que proceden de su acción en nosotros.**

El aguijón provoca las caídas, nos recuerda nuestro lado débil, las sombras de nuestra vida, y nos ayuda a reconocer que la gracia de Dios nos basta. Eso no impide que brote el dolor por nuestra herida, el dolor del orgullo que nos pesa. San Pablo manifiesta su pesar por sentirse herido, porque él mismo le ha pedido a Dios infinitas veces que se lo quite. Quiere mostrarse fuerte ante el mismo Dios y ante los hombres. Pero la herida del aguijón lacera su alma y lo hace dependiente de Dios. Dios, en su misericordia, permite aguijones, para que no nos perdamos llevados por nuestro orgullo y soberbia. Decía una persona en su oración: «*Te quiero pedir tu gracia en esta noche para poder cambiar todo lo que en mí hace que no tenga paz, esa fuerza que me angustia, mis aprehensiones; me siento pequeña y débil. Dame tu gracia para conseguirlo*». Sólo su gracia nos basta, aunque muchas veces no nos lo acabamos de creer. Y buscamos torpemente asegurarla y controlarlo todo. Y añadía: «*Por favor, Mater, quítame las angustias que tanto me descontrolan; para que pueda ser tu instrumento, para que te puedas servir de mí para hacer tu voluntad, para que pueda ocuparme de las cosas que tú quieras que me ocupe, de las personas que me necesitan*». La gracia para ser más libres del aguijón que nos vuelve egoístas, del aguijón que nos hace olvidarnos de los demás. Pero las caídas

⁵ J. Kentenich, “2^a Acta de fundación 1939”

provocadas por el aguijón y la debilidad que se manifiesta al vernos heridos, nos educan para la vida, nos hacen más humildes y necesitados. Una persona reflexionaba: «*Enseñamos a los hijos que se tienen que confundir para saber qué es lo bueno, y comenzar de nuevo, que se tienen que caer para saber levantarse, y así curtirse para no ser blandos ni cursis, sino valientes y fuertes y seguir para adelante en el caso de fracasar. Enseñamos que hay que tener confianza, esperanza y fe.*» Eso mismo que enseñamos a los hijos es lo que vivimos en nuestra vida de fe. **Vemos nuestra limitación y suplicamos la gracia para levantarnos y seguir con fe.**

Muchas veces impera el egoísmo en nuestro corazón y ese egoísmo impide que realicemos la misión que ha soñado Dios para nosotros. Dice una oración del «*Hacia el Padre*», libro de oraciones compuesto por el P. Kentenich en el campo de concentración de Dachau: «*Libérame de todo egoísmo, para que pueda satisfacer tus más leves deseos; hazme semejante, igual a mi Esposo; sólo entonces alcanzaré la felicidad y la plenitud.*» Los deseos de Dios tendrían que estar por encima de nuestros deseos y encontrar eco en nuestro corazón. Pero no siempre nos resulta tan fácil vencer ese egoísmo que nos lleva a buscar lo que nosotros queremos en lugar de pensar en lo que Dios quiere. Queremos que su voluntad coincida con la nuestra. Una persona me comentaba la tensión en la que se mueve con frecuencia nuestra vida: «*Pensaba que continuamente puedo escoger vivir pensando en la santidad, o puedo derrumbarme viendo realmente la tendencia que me mueve, o descubriendo aquello en lo que me convierto si dejo de mirar a Dios. Pienso que es de Dios aspirar a la santidad. Creo que es el salto de fe más grande que puede haber. Para mí decir que quiero ser santo es un gran acto de fe.*» Queremos ser libres para ser más de Dios, para que Él vaya tejiendo nuestra vida y vaya haciendo santa nuestra voluntad. Aunque nuestro egoísmo nos ata y nos hace buscar sólo lo que nos apetece en cada momento. Pensamos que todo lo que entorpece el logro de nuestros deseos tiene que quedar fuera de nuestra vida. Por eso queremos pedirle a Dios un corazón libre. **Un corazón capaz de atarse a Él y vivir en su voluntad.**

Por eso hoy, al pensar en nuestra vida, nos preguntamos: ¿Cómo es posible saber siempre y en toda ocasión qué es lo que Dios quiere? Parece casi imposible. Es necesario mucho silencio y vivir orientados hacia Dios, para descubrir sus más leves deseos. El otro día leía: «*La mayoría de las personas no descubren qué es más importante en la vida hasta que son demasiado mayores para actuar en consecuencia. Pasan gran parte de sus mejores años persiguiendo objetivos que al final importan poco*»⁶. Por eso me gusta la oración que rezaba hace poco una persona pidiendo esa libertad interior: «*Quiero aceptar mi vida sin pedir lo que yo quiero sino sólo lo que Túquieres. Quiero hacer tu voluntad.*» Aunque muchas veces no seamos capaces de obedecer sus más leves deseos. Así continúa la oración escrita por el P. Kentenich: «*Hasta ahora tuve yo el timón en las manos; en el barco de la vida tan a menudo te olvidé; me volvía desvalido hacia ti, de vez en cuando, para que la barquilla navevara según mis planes. ¡Concédemelo, Padre, por fin la conversión total! El Padre tiene en sus manos el timón, aunque yo no sepa el destino ni la ruta.*» Quisiéramos dejar el barco en manos de Dios. Dejar que Él conduzca nuestra vida. Dejar que Dios entre en todos los ámbitos de nuestra vida. Una persona le preguntó a otra en relación a un tema laboral que le preocupaba: «*¿Lo has hablado con Dios?*» La otra persona le contestó sorprendida: «*No, tienes razón, pero a veces vivo como si Dios no interviniere en las cosas cotidianas de la vida.*» El P. Kentenich comentaba lo fácil que es sustraerse a la voluntad de Dios y seguir los propios caminos: «*Cuán rara es esta entrega total a la Divina Providencia y a la Sabiduría Eterna, puede deducirse del hecho de que hoy en día innumerables personas sustraen totalmente su voluntad a la del Creador y Padre del Universo y que, también entre aquellos que desean servirle, sólo pocos están dispuestos a renunciar totalmente a su enfermiza voluntad propia*»⁷. A veces vivimos dejando de lado los deseos de Dios y tomando en cuenta sólo nuestros anhelos más personales. **Es como si Dios no interviniere en lo más cotidiano, en esas decisiones que tomamos a diario, como si a Él no le incumbieran.**

⁶ Robin Sharma, “Las cartas secretas del monje que vendió su ferrari”, 239

⁷ J. Kentenich, “2ª Acta de fundación 1939”